

### Datos personales

Nombre; Elbio Rubén Yaquemet  
Nacido en Larroque  
Provincia de Entre Ríos  
Fecha de nacimiento; 17 de Agosto de 1933  
D.N.I. 4.827.344

### Currículum Vitae.

Tengo residencia en la provincia de Buenos Aires, desde el año 1946, específicamente en la zona de Lanús, siendo habitante en la actualidad desde el año 1965, en Remedios de Escalada, partido de Lanús.

Escribo desde muy joven, habiendo publicado muchos de mis trabajos literarios, en Gualeguaychú, Provincia de Entre Ríos. En el diario "El Argentino", principal matutino de la precitada ciudad.

En la zona sur del gran Buenos Aires, publiqué durante varios años, frases y poemas, en el periódico "La Idea" cuyo tiraje abarca la zona de Lanús, Banfield y otras localidades vecinas.

También publiqué varios trabajos (poemas) en el periódico "La Verdad" de Banfield.

El diario "La Razón", me publicó en una de sus páginas, con ilustración en colores, un tema relativo al ferrocarril del Litoral.

Distintas revistas de índole cristiana, publicaron reiteradas veces trabajos literarios de mi autoría.

En el devenir del tiempo, obtuve diversos premios en concursos de poesías, entre ellos, de la Asociación Médica de Avellaneda.

De Radio F.M. Sur de Remedios de Escalada.

De la Asociación de Prensa de Lanús.

Del Consejo deliberante de la Capital Federal.

De la Sociedad O'Higgins en Lanús.

Gravé en la Provincia de Entre Ríos, en mi pueblo natal (Larroque) un video sobre varios de mis trabajos literarios, los cuales se difundieron, por una emisora (T.V.) local.

He leído durante varios años, muchos de mis trabajos, en Rotary Club. Radios diversos, también Teatro Roma de Avellaneda.

Participé en dos concursos mundiales, en la Fundación Fernando Rielo de España, recibiendo elogiosos conceptos (que conservo). Etc.

#### Mi dirección

Calle Timote 4090

1826 Remedios de Escalada.  
Provincia de Buenos Aires,  
Teléfono 4242-8870

Mi pueblo ha cambiado  
ya no es mas el mismo,  
desde que me fuera  
en el tiempo aquél.  
Cuando se erigía  
como un simbolismo  
el viejo molino  
de los Taffarel.

No se ven los carros,  
tampoco vagones  
llevando repletos  
del campo-la mies.  
Ni se ven llenando  
los viejos galpones  
devorando bolsas  
con toda avidez.

No se ven aquellas  
¡Grandes almacenes!  
Donde mucha gente  
llegaba a comprar.  
Ni se observa el paso  
de muy largos trenes,  
haciendo maniobras  
por este lugar.

Ya no están las tiendas  
de árabes y hebreos,  
de aquellos pioneros  
que anclaron allí.  
Dejando en el pueblo  
como sus trofeos;  
la fe y el trabajo  
que dieron de sí.

Es muy raro ver  
a los viejos gitanos  
que al pueblo volcaban  
su afán comercial.  
Ni está mas la cancha  
donde muchas manos  
aplaudían los goles  
del bravo Central.

No está la farmacia  
de Martín Perego,  
ni tampoco el mástil  
en el boulevard.  
Y hoy sólo es recuerdo  
que en mi verso entrego;  
el nombre querido  
del doctor Bugnard.

No vienen mas tropas  
al embarcadero  
a llenar las jaulas  
del ferrocarril.  
Ni está mas la usina  
que diera primero  
la luz, en reemplazo  
del viejo candil.

No está don Fritz Weber  
el viejo librero,  
ni está Pedro Zoilo  
con su "Zoilo-Bar"  
No está don Silvestre  
que fue carnicero  
y además mi padre,  
un hombre ejemplar.

No se ven los Muga  
domando vagues,  
ni a Tola Albarenque  
por el hospital.  
Ni se lo ve a Masso,  
tampoco a Gonzalez  
arreglar las calles  
con su equipo vial.

No está mas Cardozo  
ni Beti Bachini  
la buena escribana  
que siempre lo fue.  
No está ya el consorcio,  
ni Luis Gasparini,  
su almacén de chapas  
que yo frecuenté.

No está mas don Ziple  
que fue verdulero  
pegado al correo,  
con los Pomerám.  
Ni se ve en su esquina  
donde fue tendero,  
fumando a lo turco  
al viejo Carám.

No está mas Chilingo  
el telegrafista,  
ni Duarte el cartero  
que fue bonachón.  
Ni Campoy, el jefe,  
ni Maza el cambista,  
ni Busto, que hiciera  
la misma función.

No está Federico  
el talbartero,  
ni Beracochea  
médico de honor.  
Ni está don Juanuario  
el viejo carrero,  
que fue de esa villa  
primer poblador.

No anda Pachi Iriarte  
con su jardinera  
yendo por las casas  
repartiendo el pan.  
No está don Novello  
que entonces tuviera  
su granja modelo  
con lucha y afán.

No está mas Siboldi,  
los hermanos Sanchez,  
Emilio, Edesio,  
Modesto y Ramón.  
Poniendo mi esmero  
busco otros enganches,  
recuerdo a ese amigo  
que fue Faraón.

No está mas don Yeño  
aquel ladrillero  
que al igual que Borro  
sabían fabricar.  
Los muchos ladrillos  
que con buen esmero  
allí los vendían  
para edificar.

Hay alguien que fuera  
de conducta sana,  
amable con todos,  
un hombre de ley.  
Me estoy refiriendo  
es esta mi plana  
al nombre estimado  
de Alberto Cevey.

Los hermanos Metler  
don Julio y Rodolfo,  
con don Pedro Chaia  
y Pedro Barel.  
Coadyuvan entre otros  
a nombrar a Riolfo,  
a Juan Simoneti  
y a don De Miguel.

No está José Beber  
que fue panadero  
al igual que Ovalle  
y Navarro También.  
Ni está allí Gianelli  
el hojalatero,  
ni el triste Pizini  
a quien pisó el tren.

Reinaldo Carboni,  
Salvador-su hermano.  
Don José Svetliza  
los recuerdo aquí.  
Junto a Kramaroski  
que fuera paisano  
de don Lividinski,  
que muriera allí.

Evoco en mis versos  
a José Gallina  
el párroco amigo  
sereno y cordial.  
Y entre estas entregas  
está Filipina,  
don Caseb-su esposo,  
y Miguel Gayal.

Aquel hombre serio  
de porte correcto,  
que fue por entonces  
nuestro juez de paz.  
Mario Lound, lo nombro  
con sincero afecto  
y pienso que muchos  
no lo olvidan mas.

El Toni Fioroto,  
Alem, Casagrande,  
Deganuti, Díaz,  
Lértora y Yabrán.  
Y a esta nombradía  
que tanto se expande,  
al fin la completo,  
con Aleóni Juan.

Nombro a dos abuelas;  
a doña Lizpeta,  
doña Goya Miño  
de largo existir!  
Y a mi mente llega  
Bon y Echazarreta  
que en su vida optaron  
por allí, vivie.



Rochelle y Dólaritz,  
Beloti y Cerrillo,  
Melchiori, Pereyro,  
Medrano y Sainí.  
Open, Kokor, Zurdo  
sumando a Amarillo  
fueron de esos pagos  
donde ya nací.

Aquel gringo Faifer,  
Clorito García,  
don Faustino Suarez  
y Jorge Serur.  
Y allá pegadito  
costeando la vía,  
vivió con su gente  
don Miguel Manzur.

Custodio Tommasi,  
Peruco Larrosa,  
don José Romani,  
también Campañá.  
Y nombre a la dueña  
de una estancia hermosa;  
Zulema Beriso  
del "Maracayá"

A doña Cornelia  
viejita amorosa,  
que fue la partera  
que me vió nacer.  
¿Cómo he de olvidarla?  
Grata y bondadosa,  
-llena de cariño.  
Estóica mujer.

En esta mi historia  
recuerdo a Virgilio,  
a Sócrates, a Amilcar,  
a Posi, a Martín.  
Y con esta lista  
que es como un concilio  
lo recuerdo a Muape,  
Cópola y Delcín.

El buen zapatero  
que fuera mi abuelo  
Weimer su apellido  
de nombre David.  
Nombrarlo me lleva  
a asociar al vuelo  
otro recordado  
que es don Pedro Smith.

En ese terruño  
vivió el carpintero  
que arreglaba carros,  
don Julio Albornóz.  
Y también don Santos  
que fue billetero,  
y era allí vecino  
del negro Quiróz.

No quiero olvidarme  
del buen don Bartolo,  
el padre de Lucas,  
de Enrique y Adrián.  
Y entre tantos otros,  
Ángel Perazolo,  
Arturo, Emilio  
y don Juan Dezán.

Lo traigo al presente  
a Archain, el dentista.  
A Miguel Fornero  
con Abraham Serur.  
Y entre los nombrados  
completo esta lista  
con Ronconi, Chaer  
y don José Burth.

Me vienen al tiempo  
Vitildo y Fabani,  
Balbuena, Posoco  
y además los tres...  
Don Angel, don Tulio  
y Roque Romani  
sumando a Desorzi,  
con el padre Diez.

Sellani, Esprandi,  
León Cobre, Oquiñena,  
Fracinelli, Andreata,  
Svarchman y Pasick.  
y a estos nombres dados  
que aquí se encadenan.  
engañcho a Carrara,  
Eckert y Tuffic.

Herman y Cornelio,  
Mario con Anita  
también integrantes  
de los Knetemann.  
Y entre otras mujeres  
Flavia, Mina, Vita,  
Julia y Maruca  
de los Corvalán.

Fueron habitantes  
de allí, Saratiegui,  
Fratini, Pradelli  
y "Manaña" Dalbó.  
Y allí frente a Musi,  
el buen Sálvarregui  
la cancha a paleta  
allí levantó.

Juan Saap y Santiago,  
Alejandro Cuello,  
el herrero Campos  
y Flores Miguel.  
Benereo Colazo  
y don Pedro Doello  
fueron lugareños  
por el tiempo aquél.

Recuerdo de Qrse se  
que fue comisario,  
también a Perera  
le tocó mandar.  
Y excluir no puedo  
en este inventario  
el nombre de Esmóris  
que fue el auxiliar.

El agente Lopez  
con Borro y Carmona,  
Güiralde el sargento  
eran por allí.  
Los uniformados  
que andando en la zona  
cuidaban el orden  
de todos así.

Los Oflach, Aversa,  
los Nuñez, los Seba  
Rómulo Gonzalez  
y Pedro Alarcón.  
Sumando otros nombres  
mi razón me lleva  
al de Lalo Iriarte,  
chofer de camión.

Tuvo en cierto ciclo  
la comisaría,  
a su frente un hombre  
llamado Virué.  
Y allá por el campo  
en la cercanía,  
estaban los Falco,  
Ferrari y Grané.

No está mas Correa  
"El negro Vicente"  
que era un hombre honrado  
respetuoso y fiel.  
Y en este desfile  
de distinta gente  
nombraré al humilde  
don Ramón Morel.

Siguiendo la línea  
con Pablito Díaz,  
Luis Grosi, Figueroa,  
Giachelo y Pascual.  
Termino incluyendo  
a Monti, con Frías,  
Alvarez, Pautasio,  
Ocampo y Pradal.

Nombraré a Belochio,  
Sechi, Chichizola,  
con don Pedro Ansaldo,  
Santedeschi y Krum.  
Y como remate  
hago carambola,  
nombrando a Zapata  
Seol y Figún.

Incluiré a Paredes,  
Fernandez Arocena,  
Sigaut, Benedeti  
junto a Demerlier.  
Y en estos registros  
hoy muy fuerte suena,  
el nombre de Norma  
y María Esther.

No está mas mi madre  
que fuera tan lista,  
y allá por el treinta  
cumplió la función.  
De ser en Larroque  
la telefonista  
primera, que tuvo  
allí esa sección.

Robledo, Jumilla,  
Neme, Reverdito,  
Chijani, Arellano  
Zchuleck, Darrichón.  
Y entre tantos nombres  
que en este orden cito,  
se me ocurre otro  
el padre Gayón.

Tronco, Macho Mestre,  
Torres, Liberato,  
Ferreira, Badini,  
Tolosa, Abramor.  
Y cerrando el grupo  
tengo a Cusinato  
y al final de todo  
Surraco, el doctor.

Chekúz, Villarisco,  
Grigoli, Ubiría,  
Cárdenas, Descalzo;  
me hacen recordar  
que rumbo a Irazusta  
por allí vivía;  
Gianoli, Castelli  
y Juan Aguilar.

Bentancourt, Avecia,  
con Dellagiustina,  
Knult, Yibilongui,  
Alanís, Chenier.  
Forman otro núcleo  
de gente vecina  
que pobló esos sitios  
en tiempos de ayer.

Gomez, Vialea, Vela,  
Lapola, Zeballo,  
Gavanin, Reynoso,  
Bultinch y Saied.  
Cánepa, Pedroza,  
Fleitas, Caraballo  
por ahí vivieron  
¿Los recuerda usted?

No está mucha gente  
es esto muy cierto,  
difícil sería  
a todos nombrar.  
Unos se marcharon,  
otros ya se han muerto  
y hay muchos que viven  
para recordar.

Vivió alguien que fuera  
lugareña historia  
de esos viejos tiempos  
que se fueron ya.  
Ese fue Cabrera  
¡Lleno de memoria!  
Que, de peluquero,  
siempre estuvo allá.

Hoy ya varias calles  
tienen pavimento.  
La luz de mercurio  
de noche se ve.  
Se percibe un centro  
con mas movimiento,  
y a un pueblo sereno  
templado en su fe.

A pesar de verse  
los cambios reinantes  
algo no ha cambiado  
desde mi niñez.  
Es el trato amable  
de sus habitantes,  
su espíritu amigo  
y su sencillez.

Como un monumento  
que durar quisiera,  
está aún el tanque  
de negro color.  
Que surtía el agua  
para la caldera  
al tándem pegado  
al tren de vapor.

Esta dicha grande  
de tener la vida,  
fue allí en esa tierra  
en que vine a ser.  
Y es así que mi alma  
se siente prendida,  
a ese grato suelo  
que me vió nacer.

Por eso yo quiero  
a este pueblo mío  
porque al visitarlo  
encuentro solaz.  
Y me trae recuerdos  
de aquel albedrío  
cuando allí vivía  
gozando su paz.

Amigos y hermanos  
de esta tierra mía;  
me voy con agrado  
de darles así.  
En la esencia toda  
de ésta mi poesía;  
mi amor a ese pueblo  
¡Que siempre sentí!

Autor. ELBIO RUBEN YAQUEMET  
Timote 4090  
1826. Remedios de Escalada.  
Tel. 4242-8870



Llovía copiosamente-unos relámpagos anchurosos, e infinitos, iluminaban con profunda intensidad, la bóveda del cielo. Al instante-el estruendo estremecedor, de prolongados truenos; hacían que vibrara ruidosamente, la estructura de madera y chapas-de la casa de mis padres. Allí donde yo nací, y también mis hermanos y hermanas (dos varones y tres mujeres) chiquilines todos ellos, de entre uno y catorce años.

Frente a nuestra vivienda, calle de por medio-de tierra-se extendían en dirección Sur a Norte, las paralelas de rieles, que se proyectaban de Ibicuy a Posadas. Por ellos con una frecuencia regular y en distintas horas del día y de la noche-circulaban los trenes- que lo hacían en dirección contrapuesta. Solían ser algunos de interminables filas de vagones, que eran arrastrados de manera rápida tras el enganche de la máquina a vapor.

En diagonal a nuestra casa y a un costado del paso a nivel, se erigía y aún está, el viejo tanque de enorme tamaño, de un color negro y descolorido, sostenido por una estructura de hierro, que lo mantenía elevado, a una considerable altura; en él las locomotoras se surtían del agua para su caldera, donde saturaban sus depósitos del líquido elemento, colocando una manga basculante, de metal-por cuyo interior, al accionarla hacia abajo, descendía como catarata, un chorro grueso de agua, que en poco tiempo satisfacía la necesidad de la máquina vaporera.

La madrugada era fría-hasta hacer temblar-como se repetía asiduamente en los gélidos días de agosto.

Esa noche parecía que del cielo se abrieron las compuertas, al ver de qué manera caía la torrencial lluvia.

Sobre el techo de chapas acanaladas de nuestra casa, se producía un ruido ensordecedor, que al unísono se mimetizaba con el ronco sonido de los truenos. Allí en la lejanía-se oyó de pronto el silbato del tren. Yo estaba entre dormido y despierto; mi espíritu de gurí travieso y curioso, hizo que saltara de la cama, y me pusiera de pie, en medio de la oscuridad de la habitación donde dormía también mi hermano.

Una de las ventanas, de sólo una hoja vidriada y cubierta por un postigo de madera, daba hacia el lado sud este, donde por su frente y a una distancia de uno cincuenta metros, alambrado mediante-se situaban las vías del ferrocarril. Abrí el postigo-no sin mojarme los brazos y tiritar, un poco a causa del frío; cuando lo hice, el resplandor de un relámpago, iluminó la extensión del espacio.

Fue mirar y ver la imponente figura de una locomotora, cuya negrura se veía relucir bajo el efecto resplandeciente de los refusilos.

Adentro de la máquina, en el compartimento de conducir, percibíase la figura, casi fantasmal del fogonero-que en continuo movimiento, girando sobre su torso-tomaba los rollizos de leña del tender, y los arrojaba dentro del hogar de la caldera.

Un resplandor anaranjado se irradiaba sobre el rostro del esforzado hombre del riel, que junto al maquinista, eran la mente directriz del ferreo convoy, que marchaba ligero, y seguramente hacía un lejano destino.

El tac-tac-tac-tac del rodar de los vagones sobre la unión de los rieles, hacía sentir el ritmo de marcha acelerada, con que se desplazaba el luengo carguero, que en escaso tiempo se fue perdiendo de mi vista, al compas decreciente de su sonoro traqueteo.

El agua de la copiosa lluvia era de tal magnitud! Que bajo el resplandor de los relámpagos, se dejaba ver corriendo a torrente dentro de las empinadas cunetas. En tanto en los terraplenes de las vías, que se unían haciendo de cajón; se formaban unos pequeños lagos, que desde mucho tiempo atrás eran el habitat de cientos de sapos, y ranas que rompían el silencio de la noche-en un estrepitoso y cuantioso croar; haciéndose oír por todo el ámbito del pueblo dormitante, como una batracea y ronca serenata-que cundía sin cesar.

Yo seguía imperterrito la escena, cual si fuera una película que se me proyectaba a través de la ventana. A todo esto, la lluvia con los truenos y relámpagos -tampoco cesaba; y era así que algunos vacunos y yeguarizos que pastaban en un terreno alledaño a las vías, se ponían de ancas contra el viento fortísimo, el cual hacía remolinos con el agua que caía de las nubes. En tanto allí sobre los durmientes de los rieles, el cambista encapuchado bajo un capote impermeable, de antropométrico diseño, caminaba farol en mano, de regreso a la estación-que distaba unos trescientos metros desde las agujas de los cambios de vías-hasta la sección de las palancas, desde donde hizo accionar la posición de la señal-que dejó en situación de subida, para no dar paso a otro tren. Mientras el chuc-chuc-chuc-chuc-, y el tac-tac-tac-tac...-se fueron borrando de mis oídos, un penetrante olor del humo de leña quemada, me envolvía la nariz, al filtrarse por las rendijas de la ventana. Mientras esto sucedía, la estructura del último vagón y el furgón de cola, se iban perdiendo de mi mirada, a la vez que alcancé a divisar al guarda, ubicado en el furgón, quien sacando un farol con una luz verde desde la plataforma trasera del mismo, enfocaba hacia la máquina, como señal de indicarle al maquinista-proseguir la marcha-sin novedad-.